701
- 6 OCT. 1973



—¿Con que no está en casa la modista?

—No señora, pero aquí estoy yo que es lo mismo.

La Saeta



20 cents

MISCELÁNEA

KIOSCO LA SAETA NÚM. 3

RAMBLA DEL CENTRO

La señora propietaria del mismo, además de LA SAETA, tiene á su cargo la corresponsalía de los siguientes periódicos de Madrid:

Heraldo, Heraldo Taurino, El Tío Findama, La Caza Ilustrada, y *Correo de Valencia, Heraldo de La Rioja, Heraldo de Aragón* y *Madriles.*

En este kiosco recibirán los señores compradores un cupón por cada cinco céntimos de gasto, con opción á diferentes regalos de libros.

Una dama pregunta á un viajero africano:

—Diga usted: ¿También en Africa sufren las mujeres la tiranía de los hombres, como entre nosotras?

—¡Oh! no, señora; allá las mujeres gozan de ciertas preeminencias.

—¡Quién estuviera allí!

—Por ejemplo, en los banquetes en que se solemniza una victoria, gozan del privilegio de ser comidas antes que los hombres.

Manolito coge de la azucarera el terrón de azúcar más grande.

—Mamá,—pregunta,—¿puedo comérmelo?

—No, hijo mío, es demasiado grande.

El muchacho, sin desconcertarse, divide el terrón con la boca, se come la mitad, y enseñando lo que queda dice:

—¿Y ahora?

En un proceso de divorcio:

Juez.—¿Qué causa alega usted, señor Núñez, para pedir el divorcio?

El marido.—Una repulsión invencible hacia mi esposa.

Juez.—¿Usted, señora?

La mujer.—Una invencible repulsión hacia mi marido.

Juez.—No es posible decretar la separación de un matrimonio en el que reina tanta armonía de sentimientos.

Un viajero que viene de Africa.—Les aseguro á ustedes que la mujer de su casa más completa que he conocido fué mi suegra.

—De modo, que ya no vive.

—No; fué devorada por los caníbales.

—¡Cómo!

—Como ustedes lo oyen. Pues cuando los caníbales la tenían ya dentro de la caldera y empezaba á cocer, todavía exclamó con voz apagada: «No olvidar la sal y la pimienta.»

Charada

Hoy recibo *prima-tercia*
de la hermana de *dos-dos*,
una moza muy bonita
á quien hice yo el amor.
Si con ella hemos reñido,
no me gusta *dos-primera*,
que yo tengo obligaciones,
y ciertas cosas molestan.
Voy á guardar en la *todo*
lo que la tal me ha mandado
y si se entera la *mía*...
¡Dios me coja confesado!

MORENO

Cruz

* *
* *
* * * * * *
* * * * * * *
* *
* *

Substituir las estrellas por letras, de forma que puedan leerse dos nombres de mujer.

J. MARÍN

Jeroglífico comprimido

Man Man.

E. BERNABEU

Jeroglífico

×.
+ O —
D B b B
C d r.

M. ORTIZ

Soluciones á lo insertado en el núm. 700

CHARADAS.—I, Americana.—II, Vocal.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS.—I, Entre dos fuegos.—II. Pronombre.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Marcelino.

AÑO XV BARCELONA 28 DE ABRIL DE 1904 NÚM. 701



NOCHES pasadas tuve el acierto de dirigirme al teatro de Novedades, donde actúa una notable compañía de variedades, compuesta de verdaderas atracciones.

Pero me tocó tener al lado un compañero que me estuvo fastidiando toda la noche.

La primera vez que me vió aplaudir, me dijo con cierta extrañeza:

—¿Ha estado usted en Londres?

—No, señor. ¿Por qué lo decía usted?—le pregunté á mi vez.

—Porque allí se ven cosas más grandes. El año pasado ví yo en la pista de un circo á dos señoras que comían lumbre y luego bailaban una danza ceñida, en el filo de un sable de caballería.

—Bailar es,—le contesté.

Y seguí aplaudiendo otro número que me agradó mucho.

—Se conoce que usted no ha estado tampoco en Rusia.

—No, señor.

—Yo sí. Allí ví patinar sobre el hielo en pleno verano.

—¡Hombre, eso sí que es raro!

—Era hielo artificial, que después lo servían al público con azucarillos y aguardiente.

—Me parece muy bien.

—Pues ya lo creo, esto no es nada. ¿Ha estado usted en Nueva York?

—No, señor.

—Yo sí. Allí ví un ciclista que daba la vuelta al escenario corriendo por encima de cuarenta ó cincuenta cabezas de hombre.

—¡Hombre, hombre!

—Aquello era notabilísimo, y nunca visto, ni en las más afamadas compañías de esta clase.

—¿Tendrían todos los individuos la misma altura?

—No, señor; los había grandes y chicos, con objeto de que la carrera fuera más accidentada.

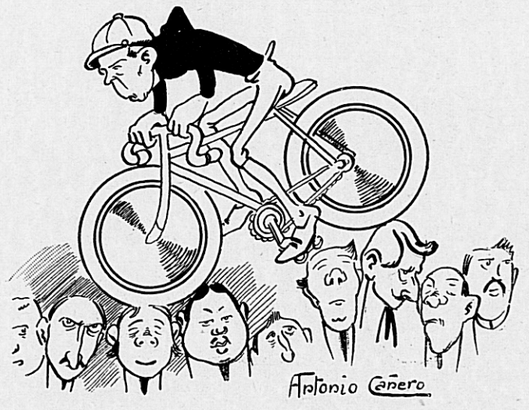
—Pues ya tenían que ser fuertes las cabezas de aquellos hombres.

—Claro, como que todos eran casados.

Al llegar aquí el diálogo, una tempestad de aplausos premió el difícil trabajo de la *mujer interrogación.*

Y como es natural, yo también aplaudía de veras.

—¿A qué tampoco ha estado usted en Egipto?—siguió mi vecino.



—No, señor.

—Yo sí. ¡Oh! Aquello es portentoso. En un local semejando un templo, copia exacta de los que *gastaba* Faraón, ví diecisiete mujeres sin más ropa que una corbata en un tobillo, bailando como los tiempos primitivos alrededor de un brasero que despedía llamas de todos colores.

—¿Y no hacían más que eso?

—Después regalaban tarjetas con las señas de sus domicilios.

—Eso ya quiere decir algo.

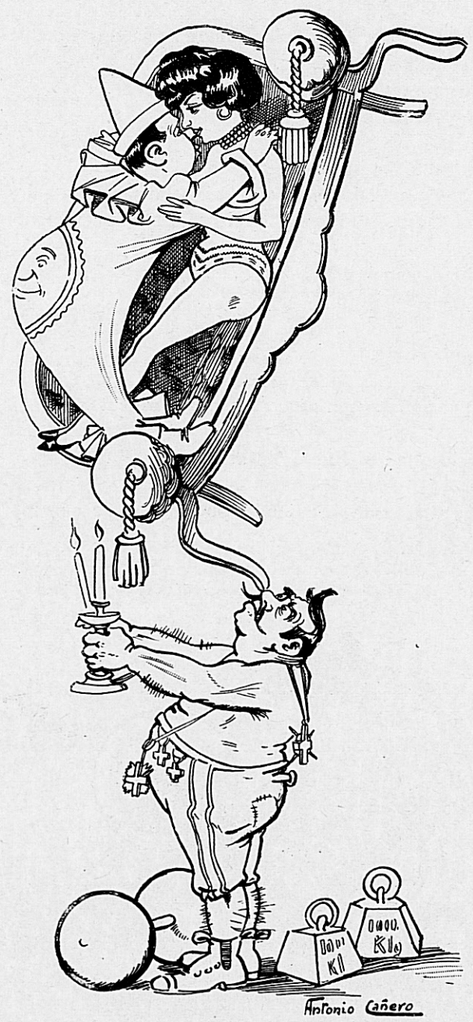
—Pues quiere ó quería decir que estaban dispuestas á bailar y demás, en casas particulares.

—Vamos, unas bailarinas para casa de los padres.

—Ni más ni menos. Al salir de Egipto me dirigí á Méjico. ¿Usted no ha estado en Méjico?

—No, señor.

—Yo sí. En una plaza pública, ví á un domador de águilas *torcaces* que se agarraba á una pata de cualquiera de las aves que presentaba y se remontaba á una altura de... la mar de metros sobre el nivel de la misma mar.



—¿Y no tuvo ningún incidente fatal?

—Una vez se le escapó la mano y bajó dando volteretas, pero antes de llegar al suelo lo recogió el águila salvavidas, y no pasó nada.

—¿Y ese equilibrio qué le parece á usted?—le pregunté indicando al artista que trabajaba en aquel momento.

—Se conoce que usted no ha estado en Nueva Zelanda.

—No, señor.

—Yo sí. En medio de un circo romano, ví á un artista que se colocaba en la punta de la nariz la pata de un sofá, sosteniendo sobre el mueble á su mujer y á un payaso primo de la misma.

—¡Valiente tío!—exclamé sin poderme contener.

—Por cierto que á las pocas veces de ejecutar tan brillante número se separó de su mujer y mató al payaso de un puntapié en el cuello.

—¿Y eso por qué?

—Por celos. ¿Usted no ha estado en la China?

—No, señor.

—Yo sí. ¿Y en Suiza?

—Tampoco.

—Entonces no es extraño que se entusiasme.

Y como el espectáculo había terminado, me dirigí á un acomodador.

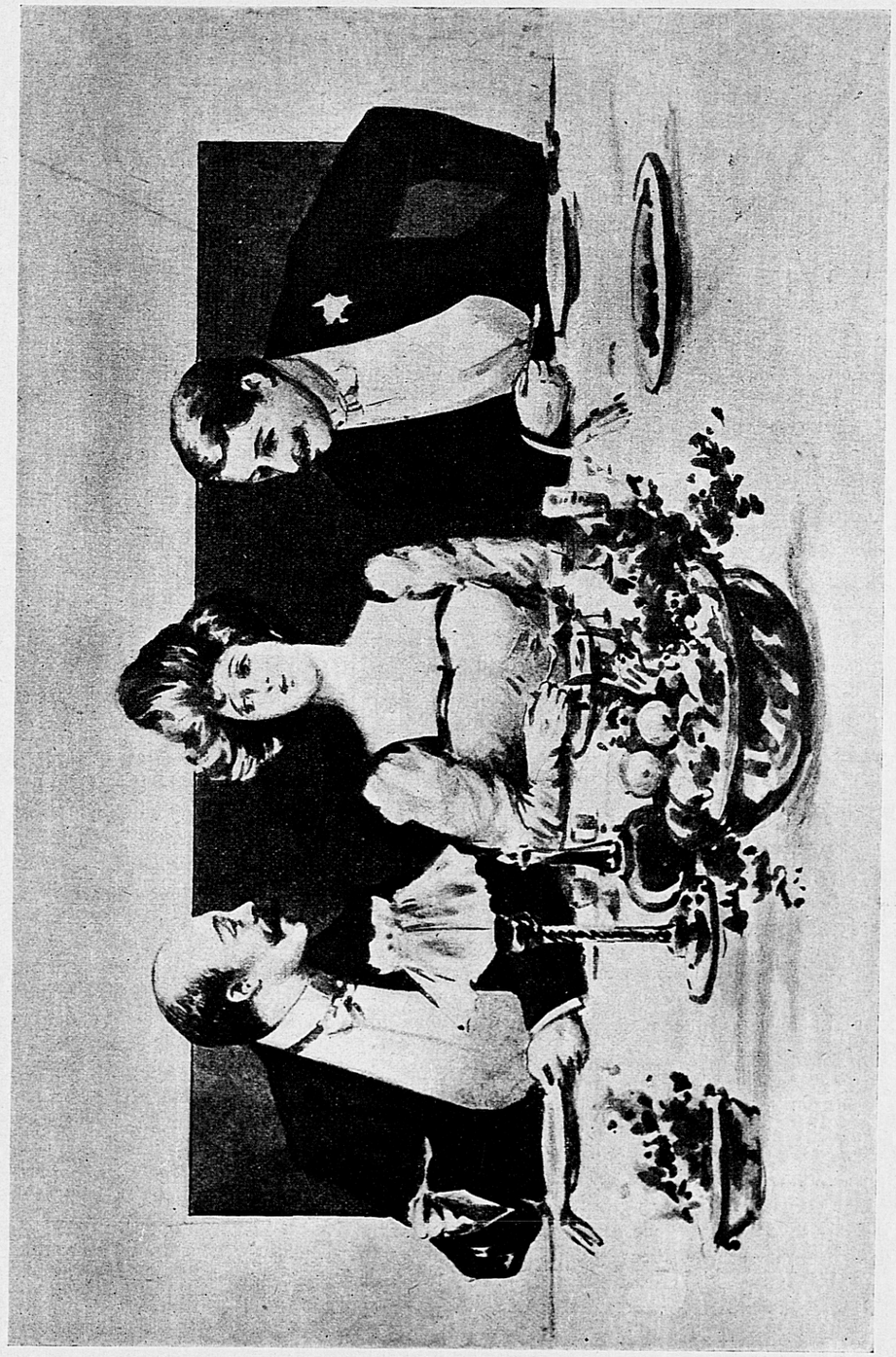
—¿Conoce usted á este caballero?—le pregunté.

—Sí, señor.

—¿Será un viajante?

—No, señor;—me contestó sonriendo,—es un embustero.

JOAQUÍN ARQUES



Aquí tienen ustedes el inconveniente de que una señora cene con dos puntos: ¿Por cuál se ha de decidir sin que haya molestias?
Yo conozco alguna que se decidiría... por los dos, pero eso me parece que no resulta.



La moza de Cantillana

(CONCLUSIÓN) (1)

II

Todo marchaba como sobre ruedas en la hostería del archifamoso Cantillana, con harto regocijo y satisfacción de su dueño, quien no cesaba en agradecer á la fortuna los múltiples favores que le prodigara, ni de admirar los naturales encantos de Lucinda, flor y nata de las buenas mozas, sutil anzuelo en el que picaban los huéspedes más adinerados, hechizo de cortesanos galantes y desesperación de hosteleros sin clientela.

Algunas semanas después de ocurridas las escenas que hemos bosquejado en el capítulo anterior, presentóse en la casa de maese Pedro un joven como de veinte años, alto y cenceño de cuerpo, de faz atrigueñada, delicado de facciones, resuelto continente y ademán enérgico, vestido á lo estudiante, y que, según manifestó, llegaba de Sevilla con dirección á Salamanca.

No tardó el nuevo huésped en ser objeto de amorosas asechanzas por parte de Lucinda, la cual, prendada del gallardo aspecto y gentileza de don Félix, que así dijo llamarse el estudiante, hizo con él verdadero derroche de agasajos y distinciones, que el futuro licenciado pagaba en igual moneda, amén de algunos obsequios en dineros contantes y sonantes, ó prendas que lo valieran; rendida la plaza, cuya resistencia, como ya comprenderán mis apreciadísimas lectoras, no hubo de ser muy formidable, dados los antecedentes de la mozuela, don Félix alcanzó el señalado favor de una cita á media noche en el cuarto de su amada.

Puntual acudió el estudiante y puntual estuvo Lucinda en satisfacer los anhelos de su flamante conquistador, quien encantado por las gracias de la moza, formuló esta proposición:

—¿Quieres ser mi compañera de viaje? Te llevaré á Salamanca y vivirás allí como una reina.

—No puede ser; maese Pedro es mi protector, mi segundo padre y no debo ni quiero abandonarle. Fuera una ingratitud que nunca me perdonaría; á más de eso, conozco, por desgracia, lo que son los hombres y he resuelto no fiarme de ninguno.

(1) Véase el número anterior de La Saeta.



—Yo te prometo...

—No prometáis nada, porque ni vos cumpliréis el compromiso, ni yo he de cambiar mi pensamiento. El tiempo que permanezcáis en esta casa, viviremos como buenos y entrañables amigos, prodigándonos mutuamente por igual, favores y caricias, luego... á muertos y á idos, ya sabéis lo que dice el refrán.

—Pero si es que yo no podré vivir lejos de tu lado.

—Ya os acostumbraréis.

—Imposible. Vas á conseguir que siente mis reales en casa de maese Pedro y que abandone los estudios por el mandil de hostelero, aunque después mi padre me descuartice.

—No será tanto.

—¿Te niegas en absoluto á seguirme?

—Mientras viva Cantillana, yo seré su moza.

Inútilmente procuró don Félix vencer ese obstáculo con el que no había contado al trazar sus proyectos amorosos y en vano fué que acudiera al obligado repertorio de promesas, súplicas y juramentos para persuadir á Lucinda, quien firme en sus propósitos, opuso rotunda negativa á cuanto en aquel sentido le indicara el audaz galanteador.

Así las cosas, una noche, cuando la mozuela, como de costumbre, esperaba en el lecho la visita del estudiante, asaltaron su dormitorio, penetrando por una ventana baja tres hombres enmascarados, uno de los cuales echóse repentinamente sobre Lucinda, amordazándola con un pañuelo para que no gritase, á la vez que los otros la sujetaban fuertemente impidiéndole toda resistencia.



Realizadas tales operaciones en mucho menos tiempo del invertido en describirlas, cargaron los tres desconocidos con el agarrotado cuerpo de la moza, salieron con ella por donde entrado habían y conduciéndola hasta una calleja próxima, donde esperaba un coche, la depositaron en él y á todo galopar de los caballos, vehículo y raptores perdiéronse por las estrechas y tortuosas vías de la corte.

Cuando Lucinda volvió del desmayo que le produjera el susto pasado, vió con dolor que se encontraba en una especie de calabozo, sin que la obscuridad permitiera apreciar los objetos que la rodeaban.

Quiso gritar, pedir auxilio, pero el miedo ahogó la voz en su garganta y presa de mortal angustia rompió á llorar la desconsolada joven, creyéndose perdida y alejada del mundo y maese Pedro para siempre.

Pero la verdad, lectoras, es que ni el mercader segoviano de que se habló en el primer capítulo, era tal mercader, sino maese Juan, el hostelero, uno de los rivales más envidiosos y encarnizados de Cantillana, y á quien éste no conocía personalmente por ser muy nuevo en la villa, ni don Félix tenía de estudiante más que el aspecto, pues era ni más ni menos que un hijo del fingido segoviano, ni el rapto había sido propuesto y realizado con otro fin que el de privar á maese Pedro de la prebenda que para él suponía la gracia y buen palmito de Lucinda, y hacerse dueño de aquel precioso talismán humano, en la creencia de que sus virtudes fueran eficaces también á levantar el casi arruinado establecimiento de maese Juan, como antes lo habían sido en el de Cantillana.

Lucinda, que ignoraba estos detalles y no se daba cuenta cabal de hasta donde llegaba la maldad de los hombres en su lucha por la vida, consideróse nada menos que presa en las cárceles del Santo Oficio, porque recordaba que en cierta ocasión despreció los favores de un esbirro inquisi-

torial, quien la amenazó con vengarse denunciándola por hechicera, sin que, afortunadamente para ella, se convirtieran en realidad las amenazas.

En esas reflexiones entretenida, vió abrirse una puerta por la que penetró un rayo de luz en lo que ella creía calabozo, no siendo más que la bodega donde maese Juan guardaba los pellejos del vino.

La moza lanzó un grito al ver el rostro del recién llegado y exclamó:

—¡Vos aquí... el mercader...!

—¡Ah, ah!—interrumpió maese Juan,—Tragaste el anzuelo; hablemos ahora en paz y á ver si nos entendemos. Yo soy el amo de esta hostería y estoy dispuesto á darte doble soldada que la que cobrases en casa de maese Pedro, por tenerte á mi servicio, y consentir, como él, que busques como quieras los gajes que necesites.



Es tan coqueta Leonor,
que si se mira al espejo,
siente envidia de su traje,
y hasta de su propio cuerpo.

Ante proposición tan inesperada, Lucinda quedó muda de asombro sin saber qué contestar á la demanda.

—Una de dos,—prosiguió maese Juan,—ó servir en mi hostería por el precio que digo, quedando tú en libertad de hacer con mis huéspedes los tratos que mejor te cuadren, ó *pasear las acostumbradas* sobre un asno, ante la multitud que oirá con regocijo la voz del pregonero, cuando cante tu vida y tus milagros sin olvidar una letra... No sé por qué me parece que no te convienen cuentas con la justicia.

El dilema era terrible. Lucinda meditó un instante y luego, mostrándose resignada en su infortunio, respondió:

—Acepto y desde hoy contadme á vuestro servicio.

Difícil fuera expresar en algunas líneas el contento que recibió maese Juan al oir las palabras de Lucinda. Todo parecía poco para mostrarle su júbilo y agradecimiento.

¡Ya veía gente acudiendo á la casa cual moscas á la miel, ya contaba los doblones que henchirían sus arcas haciéndolas reventar de puro repletas!

En efecto, algún fundamento tenían sus esperanzas los primeros días, pero luego los huéspedes empezaron á desertar y maese Juan, con profunda pesadumbre, advertía que sus negocios, lejos de prosperar iban de mal á peor, sin que él pudiera darse cuenta de la razón que para ello hubiere.

Un día preguntó á Lucinda:

—¿Comprendes tú lo que sucede? Yo creí que haría un negocio redondo teniéndote á mi servicio y veo que á este paso pronto he de cerrar la hostería yendo á caer con mis huesos en un asilo. ¿Doy yo peor trato á los parroquianos que maese Pedro?

—No, señor; vuestra hostería puede competir con las más famosas de Madrid.

—Pues, entonces...

—Todo consiste en que la noche de mi rapto, prometí no pecar más... ¡hasta que pueda llamarme otra vez la moza de Cantillana!...

LUIS FALCATO



El primer beso

MANUEL iba adquiriendo la fama que se merecía. Era un pintor de una imaginación tan viva, que sus cuadros tenían siempre algo nuevo, algo extraordinario, eso que no se estudia en las academias de dibujo, el *quid*, digámoslo así, del genio.

Por eso los aficionados le admiraban como á un sér superior y los maestros viejos le cobraban ojeriza: que siempre la barrera de los antiguos está dispuesta para interrumpir el paso á la *gente nueva*, y á Manuel se la pusieron reforzada y trataron de quitarle méritos tan claros y tan visibles como la luz del sol.

Solamente había un pintor anciano, maestro de Manuel, que tal vez por esto de ser *dómine*, lo aplaudía y le aconsejó mil veces que saliera de aquel cuchitril obscuro de la provincia y volvería más alto, que la gloria le tenía reservada una corona hermosa.

Pero el joven pintor, como si nada le dijeran. Enamorado locamente con esa pasión volcánica, noble y furibunda del artista, toda su existencia la cifró en una mujer hermosa, á quien adoraba como á la diosa sobrehumana origen de su inspiración.

Buscaba Manuel una mujer que había soñado y que antes de conocerla supo llevar al lienzo con toda su belleza ideal. La buscó mucho tiempo, y últimamente la vió en la calle, la siguió, y alcanzó ser correspondido por ella.

Sus amores fueron una serie de luchas familiares, pues nunca falta alguien que venga á turbar la dicha de dos seres que se contemplan felices.

Desigualdades de posición, prosa de la vida; pero al fin y al cabo, la causa de todos los desórdenes amorosos y de no pocos crímenes pasionales.

Manuel era pobre; Magdalena, rica; hablaban de tapadillo y se escribían las más de las veces, hasta que se convencieron de que aquello no podía seguir.

Y cuando la oposición de los padres rayó hasta el punto de hacer imposible el que ambos amantes se hablaran siquiera dos minutos, el joven artista fomentó de nuevo sus sueños de gloria y de fama, que siempre surgen más potentes y más risueños cuantos más son los obstáculos que la vida pone á nuestros ideales.

—Sí, me voy á Madrid,—dijo Manuel,—igualaré mi clase á su clase, sino con dinero con gloria y con nombre; y cuando la nobleza de la inteligencia pueda eclipsar á la nobleza de los blasones, yo, aristócrata del arte, taparé la boca con los pergaminos de mi fama á la aristocracia del dinero y Magdalena será mía.

Ella asintió también á estos propósitos, y aunque en los primeros días le costó algunas lágrimas el pensar en la separación, tuvo que conformarse ante el pensamiento de una dicha futura.

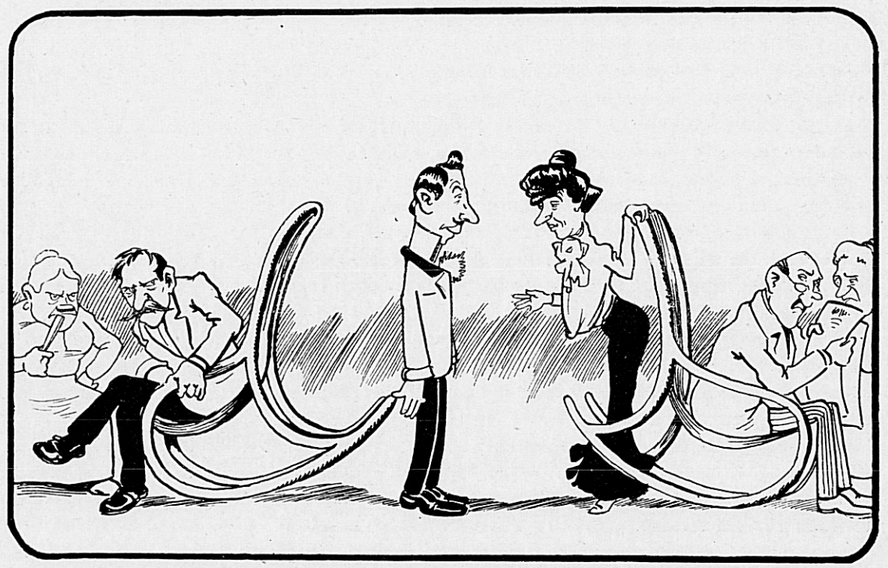
Manuel se alejó de ella, sembrada de ilusiones el alma, rebosante de esperanzas el corazón, lleno de ideales el cerebro.

Lo que el joven pasó, no es para contado en los escasos renglones de unas pocas cuartillas de papel: páginas y páginas se podrían llenar hasta formar un libro voluminoso, grande, intere-

sante, instructivo. ¡Qué sinsabores y desengaños! Qué de luchar para disputarse y conseguir lo suyo, lo que era suyo, lo que pertenece al genio: la gloria, la admiración, el aplauso, la recompensa. Y, sin embargo, una barrera infranqueable de todo punto, le envolvía y una gran plancha como de plomo le oprimía y lo aplastaba... ¡Aquello era luchar contra un mundo! Por eso los artistas acarician á veces la idea del suicidio; porque cuando esa barrera y esa cubierta los estrecha de tal modo que los oculta al mundo de la luz, á la vida de la fama, entonces piensan en la muerte; pues si la muerte no es un águila potente en el suicidio que nos remonta sobre sus alas negras hacia las inmensidades del cielo, es, por lo menos, sierpe flexible que nos arrastra en sus anillos por entre esa barrera impenetrable, hasta sacarnos de ella y alejarnos á otro mundo más infame, más horrible, pero más inmenso, más luminoso, más apetecible que el cerco anónimo, opresivo. Manuel también tuvo en sus horas de angustia y contrariedad, pensamientos funestos: una idea terrible luchó muchas veces en su cerebro por vencerle, pero triunfó siempre un recuerdo bendito: el de Magdalena. Y luchó y luchó con toda su alma, trabajó con toda la fe que prestan los amores íntimos, hondos, inmensos, y la victoria coronó por fin la frente del artista con la aureola de la fama, ¡santa y bendita aspiración de las almas grandes y no por todas alcanzada en el palenque arbitrario de la opinión y de la envidia! El nombre de Manuel subió como las águilas hasta perderse allá donde ya no penetra la mirada; voló como las marinas gaviotas y cruzó los mares de orilla á orilla; admiró á su patria y asombró á otras naciones... ¡Venció con la victoria franca y grande del genio universal que se revela! Ya había conseguido sus aspiraciones, ya podía querer á Magdalena sin que fuera su amor baldón de su familia; como si el amor reconociera la aristocracia ni la democracia, altos y bajos, nobles y plebeyos, siendo así que vive en todas partes, que baja á las cabañas miserables y arrastra sus alas purísimas por ellas sin manchar su pluma, y que sube á los palacios y roza las sedas y brocados sin que deje huella alguna que empañe el brillo de los áureos cendales.

***

Volvió Manuel á su ciudad querida y apenas llegó á ella se dirigió instintivamente á la calle para contemplar un momento á su adorada después de tanta ausencia, momento que sería para él la corona apetecida de todos sus triunfos y de todas sus ansias.



—Señora, yo no sé lo que haría con mi hijo... Creo que nunca se atreverá á declararse á su hija de usted.

Cuando estaba cerca de la casa, vió salir de ella una alegre comitiva, que, al parecer iba de boda; una de las jóvenes vestía traje blanco, corona de azahar y transparente velo de desposada. Manuel se oprimió los ojos con las manos no queriendo creer lo que veía, pero se convenció al fin: era Magdalena la novia.

Se ocultó en un portal, dejó pasar la comitiva, la siguió de cerca sin ser visto y penetró en una iglesia próxima tras de ella, y oculto en una capilla, presenció la ceremonia á riesgo de perder el juicio ante aquello que él juzgaba delirante sueño.

Cuando á las preguntas del sacerdote dijo Magdalena el *sí* sacramental, Manuel sintió agolparse toda su sangre á la cabeza y cayó desplomado sin sentido al pie del altar que había á su lado.

Despertó luego y miró en derredor; sintió frío y miedo, todo estaba á obscuras, todo estaba solo. A lo lejos brillaba una lámpara con las últimas palpitaciones intermitentes de la luz que muere. Con paso vacilante atravesó la nave y fué á la sacristía buscando una salida; allí ardía otra lámpara ante un crucifijo y pudo reparar en el brillo de unas monedas de oro y de una sortija que destellaba luces multicolores: eran las arras que tal vez olvidadas dejó la alegre comitiva. Tomó el joven la sortija y en ella vió dos iniciales; tal vez de su rival, que, en prenda de amor, dedicaba á su ingrata amante. Sin saber lo que hacía, Manuel la metió en uno de sus dedos con pensamientos siniestros, y salió de allí.

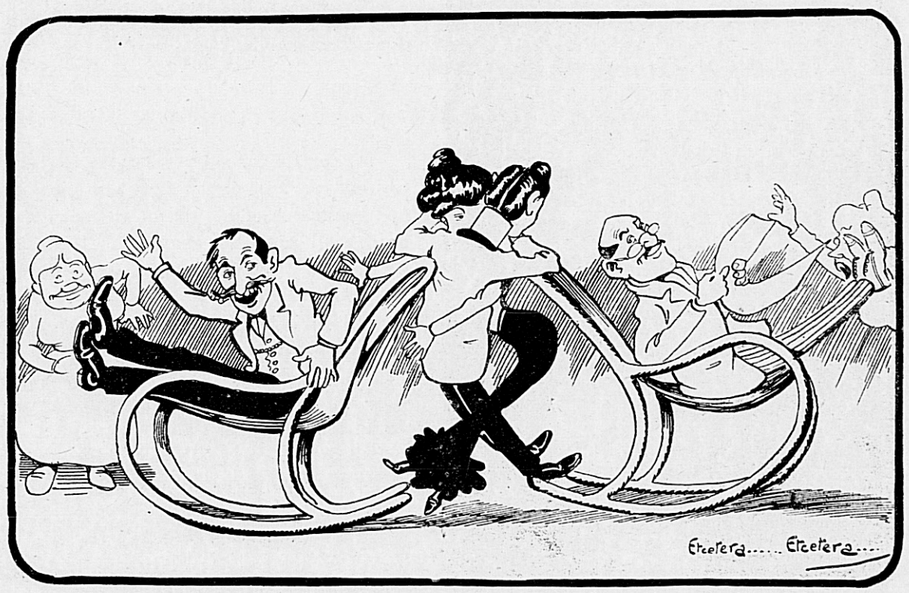
Cuando estuvo en la calle sintió ideas tan terribles y tan negras como la densa obscuridad que lo envolvía, y no pudiendo resistir ni el peso de su cuerpo, se apoyó en la pared y meditó largo rato, sin quererse convencer de cuanto le pasaba.

***

La casa de Magdalena estaba como ascua de oro. Todo era en ella acordes y algazara y alegría. El baile no cesaba y las risas y el bullicio atronaban buena parte de la calle.

Por fin cesó, aunque tarde. Los convidados se despidieron de los novios y éstos quedaron solos.

Aquella mansión parecía un nido de ángeles, labrado para recoger el aliento de dos almas que respiran un mismo amor, un mismo sentimiento.



—¡Por fin, la casualidad ha venido en nuestra ayuda! Ahora que se casen, á ver si tenemos que llevar también las mecedoras.

Magdalena sentada en un rincón extremo escuchaba frases amorosas, tiernas y apasionadas de su esposo galante, que en vano agotaba todos los arranques de su pasión para hacer que ella pronunciara una palabra. Estaba pensativa y, ó la vergüenza y el pudor la turbaban, ó no quería mirar á aquel hombre á quien pertenecía desde algunas horas antes.

El retraimiento de ella aumentó la ansiedad de él y poco á poco eran más tiernas sus palabras y su pasión más loca y más sensible. Ya estaban sus labios próximos, ya era un solo aliento los dos alientos y cuando el amor iba á confundirse en ambas bocas por ardiente beso, una detonación seguida de un lastimero ¡ay!, separó aquellos dos rostros que se miraron como asombrados.

La detonación había sonado inmediata al pie de la reja de aquella misma habitación, y la servidumbre de la casa abrió las puertas y se puso en movimiento como si algo grave pasara.

El novio abandonó á Magdalena y fué á ver la causa de todo aquello. Pasaron momentos de terrible ansiedad para ella, que algo triste presentía en su corazón; pero al cabo de un rato vió aparecer ante ella aquel á quien había jurado fidelidad hacía algunas horas; lo vió con el rostro descompuesto y que en la mano traía un papel y una sortija, objetos que arrojó sobre ella con desprecio.



Le Pepepline

Ella leyó:

«Adiós, Magdalena: mi gloria eras tú y no quiero vivir viendo que otro te llama suya. Te perdona,

Manuel.»

Y antes que acabara de leer prosiguió el ofendido esposo:

—Manuel viene á morir junto á ti; tú no me dijiste que había venido y lo sabías, puesto que la sortija que hace unas horas sirvió de prenda á nuestra fidelidad y á nuestro amor, estaba en la mano del suicida; sospecho que eres una infame y te abandono para no verte jamás.

* * *

Desde aquella noche se forjó el vulgo una historia triste para Magdalena, que, aunque no era verdadera, sirvió de castigo á su infidelidad para con Manuel; pues ella que era esposa se veía abandonada de su marido como una adúltera; ella que era una virgen veía ultrajada y pisoteada su honra; y ella que era una mártir de las exigencias de sus padres y de la soberbia de los blasones, pasaba ante los ojos del mundo como una mujer criminal y detestable.

Que á veces la sociedad tiene castigo justo en sus injustas murmuraciones y deshonras.

(De su libro *Gérmenes*)

P. Jara Carrillo

Sonrisas

Para mi valiente amigo el aplaudido matador de novillos José Martínez (Pastorelo)

. . . . . .

Era Manolita la muchacha más torera y más simpática de Madrid.

Su novio era el *Castañuela*, picador de toros de buena planta y fuerte brazo.

Sus amigos y compañeros le envidiaban; y, en verdad, motivo de envidia era su suerte, ¡porque vaya un cuerpo el de Manolita y vaya una cara la de Manolita!... Morena, graciosa, decidida, charlatana—de encantador charlar,—bien provista de carnes, con un pelo negro, muy negro, luciente, abundoso, que le rodeaba el rostro con amables rizos; con una boca pletórica de luz, en donde blanqueaban—con blanquear de nieve—sus dientes chiquitos y lozanos; el mirar de sus ojos negros enloquecía. Era una joya de gracia y hermosura.

El *Castañuela* estaba *loquito perdío* por la muchacha, y todo cuanto poseía le parecía poco para dárselo y para tenerla contenta y alegre. Por eso se arrimaba tanto á los toros; por eso salía siempre á los medios de la plaza, y allí, casi solo, sin defensa casi, retaba las fierezas de los cornúpetos, sin



temor ni recelo alguno. Por eso apretaba en los morrillos de sus adversarios con fuerza enorme y resistencia gigante. Así le aplaudían más y ganaba más dinero; así tenía más que ofrecer á su novia.

Pero á pesar del frenético cariño del picador, no estaba contenta Manolita. Deseaba más; le parecía muy poca la gloria y el dinero que el *Castañuela* pudiese adquirir, y su mayor anhelo consistía en tener un amante que supiese matar toros con destreza extraordinaria; un hombre arrojado y diestro, que recorriera España de triunfo en triunfo, de ovación en ovación, y que, al finalizar la temporada, se dedicase á ella sola, y la luciera paseándola ante todo el mundo, para estimular así la admiración de los hombres y la envidia de las mujeres.

El *Castañuela* llegó á comprender este deseo de su amada, porque ella no ponía empeño en ocultarlo.

—Tú no estás contenta,—le dijo;—tú crees que yo soy poco para ti, y ni mi cariño ni mis afanes por verte alegre, son bastantes para que me quieras como debes quererme. Pero yo seré matador de toros, ¡te lo juro! Eso es lo que tú quieres, eso es lo que tú ansías, y lo tendrás.

En efecto, semanas después aparecía en los carteles, con categoría de matador, el nombre de *Castañuela*.

Sin embargo, Manolita, ambiciosa y voluble, no estaba satisfecha. Quería un matador *hecho* ya, ya célebre; no quería un principiante.

El día de la corrida en que su novio debutaba como espada, Manolita acudió á su palco más hermosa y arrogante que nunca; aquel día le sentaba mejor la mantilla, y su cuerpo era más gracioso, y su cara más hechicera.

Cuando á *Castañuela* le llegó su turno, después de brindar, se acercó al toro paso á paso, tranquilo, sereno, sonriente. Allí estaba ella, y era preciso demostrar que no era menos que otro y

que merecía más que nadie su cariño. Toreó con gracia y arrojo. En algunos pases, los pitones de su enemigo rozaban su chaquetilla de luces, llevándose enganchados los alamares que la adornaban... Era un valiente.

El público seguía con atención la faena, y al llegar el momento en que el diestro se perfilaba, se hizo en la plaza un profundo silencio.

Castañuela se perfiló á dos dedos de la cabeza del cornúpeto, y, antes de arrancarse, miró al palco de su novia. Allí estaba el *Trianero,* el matador de moda; estaba allí... y Manolita le sonreía.

Fué un momento terrible: la rabia le enloqueció y se tiró á matar ciego, rápido, brutal, sepultando el estoque hasta la cruz y mojándose los dedos en la sangre caliente del morrillo; pero se había olvidado de estirar bien el brazo al dar la salida, y se aplicó la muleta al pecho. El toro empitonó con furia, volteándole horriblemente. El público pudo ver roja la blanca pechera del espada, y en toda la plaza resonó un grito de angustia y espanto...

Manolita continuaba sonriendo. Sin duda le hacían feliz las frases que el *Trianero* derramaba en sus oídos...

ABELARDO DELGADO

Amor práctico

Floro, el hijo del boticario, es un joven muy instruído, con ribetes de escritor modernista decadente, y gran aficionado á las *rayas cortas,* no dando descanso su numen á las musas del Parnaso que, para colmo de sus desdichas, muéstranse bastante reacias y rebeldes con él. Nuestro héroe es *versista* estacionario, y digo estacionario, porque en la mayoría de los pedantescos poetas está ahora muy en moda cantar las transformaciones que sufre en el transcurso de un año la Naturaleza. Así en el Otoño, vemos á los esclavos de la métrica y la rima, lacios y tristes, endilgar odas y sonetos á la caída de las hojas, al cielo plomizo y aturbonado precursor de la tempestad. En los comienzos de la Primavera cambian por completo: el color verde y esmeralda de los campos, las flores de pétalos brillantes, los gorjeos de las aves, el murmurio de los arroyos, etcétera etcétera, son el tema obligado que imprimen en sus *cantos.*

Floro es el fiel prototipo de estos versistas; sigue sus huellas en aras de su afición, sólo que así como la mayoría no aman más que á los partos de su talento, él, que tiene un corazón más *terreno,* suspira por una muchacha llamada Rosa, fresca y dulce como caña de azúcar y con unos ojos... aquéllos son dos carbunclos encendidos que prestan más calor que dos estufas de gas (aunque sea cursi el simbolismo.)

La tal muchacha que ejerce el oficio de modista y está toda la semana tirando de la aguja... espera los domingos con verdadero anhelo. A las primeras horas de la tarde se encuentran en sitio señalado y muy bien pericompuestos los dos tórtolos. Floro, el último domingo ó sea el día que riñeron, le endilgó estas poéticas palabras:



Con el platillo en la mano, y así, en esa posición, parece que está pidiendo una limosna... de amor.

—Amada Rosa, luz de mis ojos, consuelo de mi alma, eres una púdica...

—Acabarás,—le replica ella que está ya

frita de los cursis epítetos con que á todas horas le obsequia su Adonis.

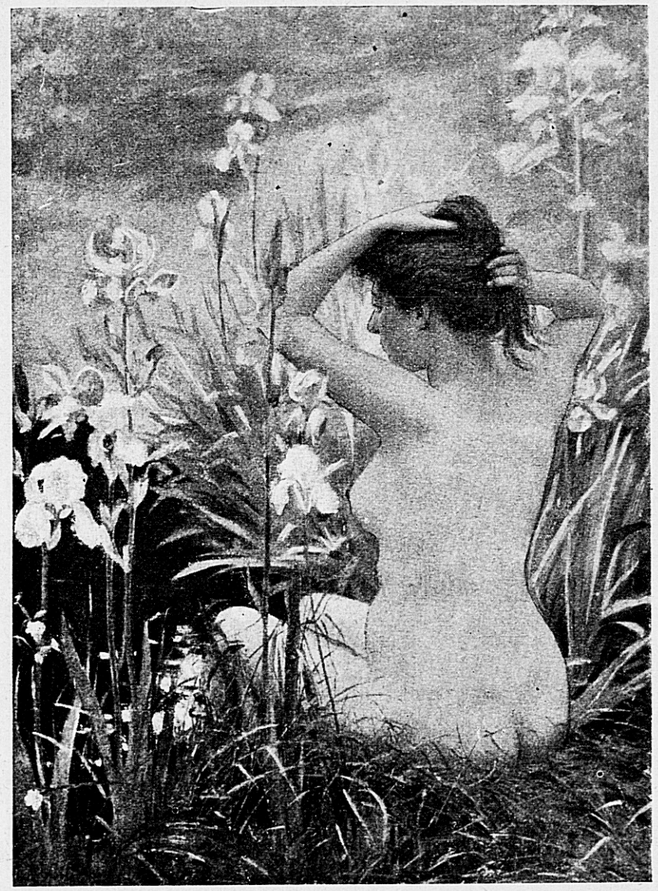
—Pero si no me canso de admirarte, si á tu vista brota el manantial de mi inspiración á raudales.

—Pues procura reprimirte, hijo,—¡Y dime! ¿A dónde iremos esta tarde? Supongo que no será tan aburrida como la del pasado domingo.

—¡Oh! Tengo una idea que secundarás gozosa.

—Pues á verterla,—repuso mal humorada Rosa.

—Yo he pensado que lo más práctico, lo más poético es que vayamos á pasear por las afueras de la población. Allí, en las alamedas solitarias, sentiremos el concierto de los pájaros y nuestros espíritus se remontarán á las regiones del ideal y seremos felices; después daré lectura á una oda sublime que compongo, cazaremos nacaradas mariposas y tejeremos guirnaldas de flores.



Sigue la primavera con sus primores, con sus bellas mujeres y con sus flores.

—Mira Floro, con tus extravagancias y cortedad de genio vas á hacer que riñamos los dos. Tus poesías me dan grima, el pasear por las afueras me causa tedio. ¿Por qué en vez de decirme sandeces no estampas besos á mis labios? ¿Por qué no me llevas al teatro ó bien á los toros?...

—Siempre la materia vil, el afán de divertirse,—exclamó Floro con acento dolorido.—La poesía por tierra. Este despertar de la Naturaleza, la Primavera galana que esparce sus galas nada dice á tu corazón, no sientes en tu pecho las sensaciones al bello ideal.

Rosa con mal reprimida cólera, le contestó:

—No siento nada como no sea rabia y un odio muy grande á todo lo que me dices, y para acabar, señor escritor, quédese usted con sus aficiones y no piense más en mí.

Dichas estas palabras le volvió la espalda y marchó de su lado.

El hijo del boticario la miró alejarse con ojos tristes y derramando lágrimas amargas, murmuró:

—¡Ingrata, vil, fementida!

Al domingo siguiente y para recordar sus nefandos amores fuése al campo, triste y meditabundo, y tomó asiento en un montón de piedras. Al poco rato de estar en aquel sitio le sacaron de su éxtasis unos suspiros entrecortados que salían de la espesura. Avivada su curiosidad quiso averiguar lo que sucedía y de puntillas se acercó cautelosamente y, ¡santo cielo! su ex novia Rosa y un cabo de artillería, recio y fuerte como un roble, estaban bajo la sombra de un árbol dán-

dose besos y abrazos. Ciego de ira y sin importarle un ardite los colosales puños del soldado, recriminó á la infame con estas palabras:

—¡Ah, Rosa perjura, al fin *rosa* tenías que ser para esconder espinas y pinchar con ellas las fibras de mi pobre corazón!

Rosa hizo un guiño á su nuevo amante y con el rostro sonriente le contestó:

—No me guardes animosidad, Floro. Enemiga como ya sabes de la poesía, he procurado hacerme con la prosa que no es tan difícil y da más buenos resultados. Y en cuanto á éste (señalando al cabo de artillería) si no es tan poeta como tú me ha demostrado que es más hombre...

Floro no quiso escuchar más palabras, con el rostro encendido y llorando de despecho fuése del lado de los dos amantes decidido á escribir un poema modernista en diez *cantos* relatando las infidelidades de su ingrata Rosa, más partidaria del amor *práctico* que del idealista.

R. HOMEDES MUNDO



¡Oh, el abrir de las flores!



Galería de bellezas: (10.ª de la serie)

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que ya hemos terminado la reimpresión del magnífico

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Los señores corresponsales á quienes no hemos podido complacer sirviéndoles la segunda remesa, pueden desde luego indicar el número de ejemplares que le hemos de remitir.

A pesar de los gastos que nos ha obligado á hacer la reimpresión del

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

no hemos querido omitir detalle alguno para que esta SEGUNDA EDICIÓN resulte á la altura de la primera.

Precio una peseta

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

—— DE ——

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

LA SAETA

—— SEMANARIO ILUSTRADO ——

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año	17 »

Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL-EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna. — Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.— Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).— Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.— Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.

El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado ó La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 íd.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 íd.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 íd.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 íd).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 íd.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. Román Gil, Provenza, 266, bajos.--BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, librería.